
LAS CIUDADES Y EL ORDEN GLOBAL

- CIUDADES GLOBALES, EL ORDEN MUNDIAL Y FUTUROS POSPANDÉMICOS

Simon Curtis

- LA MESA SE TAMBALEA: LAS CIUDADES EN UN ORDEN MULTILATERAL VACILANTE

Ian Klaus

- LAS CIUDADES Y EL DERECHO INTERNACIONAL: ¿LEGALMENTE INVISIBLES O ACTORES CON UN CRECIENTE PODER BLANDO?

Elif Durmuş

Simon Curtis

Profesor titular de Relaciones Internacionales, University of East Anglia, e investigador sénior de ciudades globales del Chicago Council on Global Affairs

Todavía no podemos conocer el impacto a largo plazo de la pandemia de la COVID-19 en el desarrollo de las ciudades de todo el mundo. No obstante, como ha sucedido con otros brotes de enfermedades a lo largo de la historia, este impacto será sentido de un modo u otro según la manera como las personas que definen la infraestructura y la planificación urbana se adapten a la propagación de la enfermedad. Del mismo modo que los brotes de cólera del siglo XIX aceleraron la implementación de sistemas de alcantarillado y de nueva infraestructura y prácticas de saneamiento en las ciudades, el legado de esta pandemia del siglo XXI redefinirá la configuración urbana. De hecho, ya estamos presenciando respuestas varias: en algunas ciudades, el transporte se está reconfigurando a través de la rápida implementación de nuevos carriles para bicicletas; en otras, se ha acelerado la implementación de agendas que ya existían, como la ciudad de los 15 minutos de la alcaldesa de París, Anne Hidalgo, en la que las personas pueden acceder a todos los bienes y servicios que necesitan con un desplazamiento corto desde casa. También se ha dado un nuevo impulso a los proyectos de transformación ecológica urbana (por ejemplo, el macroproyecto «Big Dig» en Boston); se ha extendido el uso de tecnologías de vigilancia y del *big data* en las ciudades; los distritos de negocios que ocupaban los centros urbanos se han vaciado como respuesta a las necesidades de distanciamiento físico (lo que ha hecho surgir dudas sobre su viabilidad a largo plazo), y han surgido nuevas iniciativas locales de solidaridad comunitaria para afrontar los retos colectivos que plantea la pandemia (Safi, 2020).

A pesar de todo ello, las ciudades ya llevaban décadas sometidas a profundas transformaciones antes de que nos atacara el virus. Aunque se trata de una importante fuerza configuradora de la sociedad, la COVID-19 no transformará las ciudades permanentemente por sí misma. Por el contrario, sus efectos a corto plazo interactuarán con tendencias profundas, estructurales y transformadoras que ya se están manifestando en nuestras ciudades y en el sistema internacional del que forman parte. La pandemia acelerará algunas de estas tendencias y retrasará algunas otras. El futuro de las ciudades se gestará en las intersecciones de dichas tendencias y de la mano de los actores políticos que puedan dirigir con

La COVID-19 no transformará las ciudades permanentemente por sí misma. Por el contrario, sus efectos a corto plazo interactuarán con tendencias profundas, estructurales y transformadoras que ya se están manifestando en nuestras ciudades y en el sistema internacional del que forman parte.

éxito las tendencias a largo plazo y las crisis a corto plazo hacia la realización de sus propias visiones.

Podemos entender el surgimiento de la COVID-19 y su rápida transmisión por todo el mundo como un punto de inflexión: un momento único en el que convergen múltiples vertientes de la política, la sociedad, la economía, la ecología y la tecnología; en el que se ponen al descubierto conexiones y coyunturas que habíamos pasado por alto; desde el que se obtiene una perspectiva privilegiada que nos permite reflexionar sobre movimientos y cambios históricos más amplios. La llegada del virus también ha sido un catalizador. Ha acelerado algunos progresos en las ciudades que ya eran visibles, como la implementación de las tecnologías digitales para la creación de las ciudades inteligentes, y las tensiones emergentes entre las grandes ciudades y los estados en los que se encuentran. Igualmente, ha invitado a la reflexión sobre cómo hacer que las ciudades sean más justas socialmente y sostenibles a nivel ambiental.

A la vez, todas las ciudades, los estados y las sociedades han tenido que adaptarse y transformarse para afrontar los retos específicos que plantea el virus. La COVID-19 ha puesto en pausa el crecimiento frenético de la vida urbana y ha dado la oportunidad para reflexionar sobre las grandes tendencias generales. Sin embargo, mientras que el virus por sí mismo no es suficiente para reconfigurar completamente la forma y la dirección de las ciudades, sí puede entrelazarse y entretorse con estas tendencias, e influir en que algunos futuros sean más probables y otros lo sean menos. El futuro de las ciudades globales, su interacción e interrelación con otras entidades poderosas como los estados y las organizaciones internacionales, y otras fuerzas más amplias del ámbito geopolítico, geoeconómico y ecológico ya habían planteado cuestiones acuciantes y no resueltas antes de que nos azotara la pandemia.

En este breve análisis de las principales tendencias transformadoras utilizo el concepto «ciudad global» para designar una forma urbana específica patente a lo largo de la historia: una forma que puede estar sujeta a transformación. La socióloga Saskia Sassen (1991) incorporó este concepto al debate sobre el cambio urbano para describir una configuración particular de ciudad, cuyas características, morfología y redes de conectividad global emergieron a finales de los años 70 del siglo pasado como respuesta a la reestructuración de la economía global que siguió al derrumbe del sistema de Bretton Woods después de la Segunda Guerra Mundial. Las ciudades globales son configuraciones urbanas ligadas intrínseca e inseparablemente a la era específica de la globalización que surgió como consecuencia de esta reestructuración económica. Son producto del contexto regulatorio que se creó en aquel momento (con un énfasis en el intercambio, la privatización, la desregulación y la financiarización que conlleva el mercado libre), y fueron moldeadas por los flujos globales de capital liberalizado que desató dicho contexto. Se convirtieron en su expresión material (en la generación de nuevas configuraciones urbanas e infraestructuras) y acabaron moldeando el desarrollo y la dirección de la misma globalización.

En estos orígenes, sin embargo, se encuentra otro elemento decisivo que muchos teóricos urbanos a menudo pasan por alto. Las ciudades globales han sido posibles gracias a una configuración concreta de la

geopolítica. Son el resultado de una forma históricamente específica del orden liberal mundial, respaldada por una forma históricamente específica del poder geopolítico (Ikenberry, 2011). Bajo la hegemonía de los Estados Unidos se fue gestando, a lo largo de las últimas cuatro décadas, un orden comercial liberal y abierto. Venía avalado, en última instancia, por el poder militar estadounidense, pero ofrecía un contexto seguro y estable en el que las ciudades podrían comenzar a tener un papel importante en el escenario mundial: primero, como actores económicos y centros de poder económico y, más recientemente, como actores políticos (Curtis, 2016). Solo en este contexto global estable las ciudades, desprovistas de sus funciones militares o defensivas desde tiempo atrás, tenían la posibilidad de empezar a encontrar su nicho y evolucionar.

Ahora, este contexto parece estar amenazado por varias fuentes. La pérdida de la protección que este contexto ofrecía a las ciudades globales probablemente tendrá consecuencias significativas para su viabilidad como tales. Hace una década que se considera que la hegemonía de los Estados Unidos que apuntalaba el sistema está en declive, mientras que otros poderes como China se han hecho más patentes, lo que ha trasladado la ubicación del poder económico hacia el este. Pero la llegada de la Administración Trump y sus políticas nativistas y ensimismadas han exacerbado todavía más esta percepción de declive, deterioro y renuncia al liderazgo internacional. El creciente protagonismo de los estados autoritarios en el escenario mundial, desde China hasta Irán, Rusia, Turquía y Brasil, confiere todavía más peso a la idea de que el momento liberal se está acabando, como también lo hacen los movimientos de extrema derecha en todo el mundo, que cada vez tienen un papel más importante. Las amenazas al futuro de la Unión Europea también avanzan en esta dirección, aunque ninguna de ellas lo hace con tanta firmeza como la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión. Pero el reto más importante para esta configuración del orden mundial es la crisis financiera de 2008, que todavía está por resolver y que se llevó consigo décadas de crecimiento, así como la legitimidad ideológica del capitalismo neoliberal: la verdadera forma de organización económica global que daba vida a las ciudades globales. Todos ellos son síntomas mórbidos de que el sistema se encuentra bajo mucha presión. Incluso antes de que el desastre de la COVID-19 se añadiera a este cóctel tóxico, el futuro de las ciudades globales, entendidas como la configuración específica de ciudad que prosperaba en este escenario, ahora en decadencia, ya estaba amenazado. La pandemia conmina todavía más a acelerar el declive de lo que es una configuración abierta del orden mundial, y ofrece la perspectiva de una libre circulación de flujos mundiales desmantelada por fronteras, barreras y muros de todo tipo.

A pesar de que estas amenazas existenciales son reales, el propio hecho de que existan ciudades globales (configuraciones urbanas novedosas, sin ningún registro histórico) ha planteado nuevas posibilidades en el sistema internacional. Las ciudades globales tienen características originales, nuevos medios y capacidades y un nuevo peso en el escenario global que han modificado la naturaleza de la política y la gobernanza globales y que ofrecen ocasiones, vías y futuros innovadores para la evolución de la sociedad internacional. Y ello es necesario: porque, en un mundo de retos transnacionales —que incluyen las pandemias globales, pero también la emergencia climática y las crisis del capitalismo global—, serán necesarias las capacidades de las ciudades para hacer frente a

Dado que las ciudades globales son productos de las fuerzas que desencadenaron la globalización contemporánea, especialmente por su dependencia de los mercados desregulados y los flujos globales de capital, su morfología y su configuración también muestran muchas de las tensiones y contradicciones de la globalización.

Ha empezado a formarse una brecha entre las ciudades globales y los feudos de los Estados-nación territoriales en los que se fundaron.

dichos retos por medio de sus redes de alcance global, su liderazgo y sus habilidades para fijar las prioridades políticas. Se trata de un mundo en el que los estados han tenido dificultades para enfrentar estos retos. Ello convierte el hecho de que las ciudades actúen conjuntamente en el escenario global en un recurso crucial de gobernanza, que debe ser asimismo mejor entendido y defendido.

En este corto ensayo pretendo examinar la intersección de tres dimensiones de la transformación de las ciudades, para luego concluir con algunos pensamientos sobre qué hay en juego en la evolución futura de las ciudades globales en un mundo pospandemia. Estas dimensiones son: la globalización, la gobernanza global y la geopolítica.

I. La globalización

La globalización produjo las ciudades globales. Pero en la última década aproximadamente se ha puesto de manifiesto que la globalización ha conllevado muchos problemas y que no está claro su futuro. Dado que las ciudades globales son productos de las fuerzas que desencadenaron la globalización contemporánea, especialmente por su dependencia de los mercados desregulados y los flujos globales de capital, su morfología y su configuración también muestran muchas de las tensiones y contradicciones de la globalización (Curtis, 2019a). Se convierten en lugares estratégicos en los que las fuerzas más abstractas que sostienen el globalismo se muestran de forma concreta. Concentran y amplifican las tensiones sistémicas. Lo hemos visto en la elección de las ciudades globales por parte de los movimientos sociales en contra de la globalización para organizar sus protestas y su resistencia: véanse, entre otros, las protestas antiglobalización de los años 90 y principios de los 2000 y los movimientos Occupy como respuesta a la crisis financiera y la década de austeridad pos-2008.

También muestran estas tensiones en su propia materialidad: en la coexistencia de la pobreza y las grandes fortunas en los mismos vecindarios, o en los barrios marginales y asentamientos informales en expansión de las ciudades del mundo en desarrollo, como São Paulo y Delhi, enclavados al lado de las urbanizaciones cerradas de los superricos (Davis, 2006; Graham, 2016). Las expresiones globales del movimiento por el «derecho a la ciudad» ya son un hecho gracias a las protestas de la ciudadanía urbana de todas partes del mundo contra las maneras como las desigualdades de la globalización basada en el libre mercado y el capital financiero se han materializado en las ciudades, y a sus demandas por un control más democrático de cómo se distribuye y se usa el espacio urbano (Harvey, 2012).

Pero no solo la izquierda tiene problemas con la orientación de la globalización. Ahora, tras años de austeridad que empiezan a pesar, las ciudades globales, con su posicionamiento cosmopolita y abierto, con sus poblaciones diversas y sus múltiples formas de identidad, cultura y pertenencia, han empezado a entrar en conflicto con el auge del sentimiento nacionalista y nativista que han acarreado las incertidumbres concomitantes de la globalización y la desestabilización de la tradición. Ha empezado a formarse una brecha entre las ciudades globales y los feudos de los Estados-nación territoriales en los que se fundaron. Lo

hemos podido comprobar en los patrones de voto por el *brexit* y en la elección del presidente Trump en Estados Unidos: las áreas metropolitanas tuvieron una clara preferencia por permanecer en la Unión Europea en el caso del *brexit* y por una victoria demócrata en el caso de las elecciones estadounidenses de 2016. También lo hemos visto en las tensiones entre la Administración Trump y las ciudades del país en torno a las llamadas «ciudades santuario» y los derechos y las protecciones que ofrecen a las personas migrantes. Lo hemos comprobado asimismo en las disparidades de opinión acerca de la implementación del Acuerdo de París: Trump lo repudia, mientras que los alcaldes de las ciudades globales afirman que lo implementarán. Recientemente, lo hemos constatado en los debates sobre ley y orden en las ciudades liberales estadounidenses como resultado de las protestas del movimiento Black Lives Matter.

¿Podrá curarse esta brecha? ¿O continuará gestando una división entre las ciudades globales y los estados-nación al que pertenecen históricamente? Se trata de una cuestión verdaderamente significativa para el futuro pospandemia, dado que las ciudades globales han empezado a mostrar nuevas capacidades y formas de agencia y poder a lo largo de su evolución durante estas últimas cuatro décadas de globalización. Estas capacidades y formas de agencia y poder pueden ser especialmente importantes en un futuro en el que se está demostrando que muchos de los problemas transnacionales (unos problemas desatados por la misma globalización) no pueden ser abordados por los estados, en buena parte por las limitaciones estructurales que establece el mismo sistema internacional basado en la soberanía territorial. La cuestión es: ¿Se fomentarán dichas capacidades y formas de agencia y poder, o bien serán aplastadas por el retorno del estado y el auge de las políticas nativistas?

Las ciudades y su liderazgo son capaces de ejercer una nueva forma de poder en el escenario global: la organización de redes de actores dispares.

II. La gobernanza global

Las ciudades globales surgieron como un requisito funcional de la nueva configuración de la economía global. Pero ahora muchas ciudades potentes están trabajando para traducir su poder económico en influencia política en el escenario global.

Cuando el estado dejó de asignar los recursos productivos de la sociedad como respuesta al nuevo paradigma neoliberal, estas decisiones acabaron en manos de los actores privados: grandes empresas o nuevas corporaciones transnacionales establecidas en los distritos de negocios de los centros de las ciudades globales como Londres, Nueva York y Hong Kong. Este hecho estimuló las economías de aglomeración naturales que las ciudades siempre han promovido y, a su turno, propulsó décadas de un crecimiento asombroso para estos emplazamientos clave. Dichas ciudades aprovecharon sus ventajas históricas (y el nuevo entorno regulador) para captar riqueza y concentrar el poder.

Ahora, sin embargo, estas ciudades han empezado a buscar el poder más allá de la esfera económica. El mecanismo principal para ejercer nuevos poderes políticos ha sido inesperado, quizás, pero también plenamente en línea con cómo las ciudades globales han evolucionado económicamente: a través de redes globales, conectadas a través de infraestructuras de tecnologías digitales de la información. Se ha experimentado un auge en el crecimiento de las redes funcionales políticas

La decadencia de la hegemonía estadounidense se ha visto reflejada en el auge del poder y la influencia chinos en la última década. Dado que China ejerce más influencia y pretende reconfigurar la naturaleza de la sociedad internacional, deberíamos esperar que ello se evidencie en la naturaleza del espacio urbano.

que conectan ciudades de alrededor del mundo. Existen entre 250 y 300 asociaciones organizadas de ciudades a nivel global —la amplia mayoría de ellas, surgidas en las últimas tres décadas— que cubren ámbitos como el clima, la seguridad, la salud, la resiliencia y muchos otros (Acuto, 2016; Fernández de Losada, 2019). Estas redes transnacionales de municipios son canales a través de los cuales las ciudades ejercen influencia en relación con las agendas globales, los objetivos de desarrollo y las normas internacionales (incluyendo la evolución del derecho internacional) (Blank, 2006). Ofrecen nuevas formas de gobernanza que actúan en paralelo a los objetivos de la diplomacia estatal tradicional. Ofrecen a las ciudades una nueva presencia entre toda la constelación de actores de la gobernanza global, con la que contribuyen a diseñar e implementar la agenda de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, la Nueva Agenda Urbana y el Marco de Sendái para la Reducción del Riesgo de Desastres, entre otros.

Y, además de ello, algunas de las redes transnacionales de municipios más poderosas incluso han comenzado a desarrollar sus propias agendas, independientemente de la dirección de los estados. La red C40, por ejemplo, que agrupa a casi 100 de las ciudades más poderosas del mundo, impulsó una agenda para un «nuevo pacto verde global» en 2019 por el que compromete a sus miembros a desarrollar políticas para conseguir los objetivos climáticos de París: limitar el calentamiento global a 1,5 °C con respecto a los niveles preindustriales y reducir las emisiones a la mitad para 2030 (Curtis, 2019b). Estas decisiones no son nada desdeñables: los miembros de C40 abarcan una doceava parte de la población mundial, tienen un poder económico que representa una cuarta parte de la economía global y son los lugares estratégicos clave desde donde se deberá abordar la emergencia climática.

El surgimiento de este tipo de actividades es sumamente significativo porque representa una nueva forma de agencia y capacidad de gobernanza dentro de la sociedad internacional: una nueva forma de diversidad en un sistema que ha sido, por muchos años, potestad de los actores estatales. Las ciudades y su liderazgo son capaces de ejercer una nueva forma de poder en el escenario global: la organización de redes de actores dispares, incluyendo la experticia de las empresas privadas, que amplifiquen las voces de los movimientos sociales y dirijan las capacidades y las habilidades de dichas redes hacia ciertos objetivos de gobernanza. Además, muchas ciudades ofrecen una forma de agencia representativa legítima, pues muchos alcaldes han sido elegidos democráticamente por poblaciones de tamaño considerable. Estos progresos ofrecen como perspectiva una influencia real en las agendas y los resultados de la gobernanza global en los próximos años.

A pesar de todo ello, se plantea de nuevo la cuestión: ¿Cómo van a acomodar los estados el crecimiento de esta nueva forma de agencia? ¿Acogerán estas capacidades novedosas de gobernanza que están surgiendo en las ciudades y trabajarán con ellas para empoderarlas y contribuir así a solucionar los retos de la gobernanza global como el cambio climático y las cuestiones de salud? Ello permitiría que la sociedad internacional avanzara más allá de los obstáculos y los impases que se encuentran en su estructura, en la que la soberanía estatal, competitiva, ha llevado al fracaso, una vez tras otra, a la hora de enfrentarse a dichos retos. ¿O, quizás, los estados buscarán suprimir estas nuevas

formas de agencia y la actividad diplomática de las ciudades? Ya estamos presenciando señales de ello: en los enfrentamientos entre las ciudades estadounidenses y la Administración Trump señalados anteriormente, así como en las maniobras de Rusia para resistir la injerencia de actividades locales en el territorio de la soberanía del estado (Acuto, 2017).

III. La geopolítica

En efecto, la pandemia ha acelerado las tendencias recientes que apuntaban al retorno del estado. Los estados han tenido que hacer un paso al frente para apoyar las economías como no lo hicieron ni en la crisis financiera de 2008, aprovechando su poder soberano para mantener a flote unas sociedades paralizadas y desplegar una serie de respuestas sanitarias nacionales. La ilusión neoliberal del estado pequeño empieza a apagarse en todas partes por la cruda luz de la pandemia. El retorno del estado al centro de la toma de decisiones económicas se suma a las tendencias hacia un nacionalismo populista y unos estados autoritarios que ya estaban tomando impulso. El entorno internacional está cambiando rápidamente y el entorno que posibilitaba la globalización liberal y la ciudad global ha empezado a oscurecerse. Es posible que las nuevas formas de gobernanza global multiactor descritas arriba no sobrevivan en un entorno menos acogedor al tiempo que el orden liberal mundial empieza a decaer.

La decadencia de la hegemonía estadounidense se ha visto reflejada en el auge del poder y la influencia chinos en la última década. Dado que China ejerce más influencia y pretende reconfigurar la naturaleza de la sociedad internacional, deberíamos esperar que ello se evidencie en la naturaleza del espacio urbano. Del mismo modo que las ciudades globales son un reflejo de la hegemonía liberal estadounidense, a la que están intrínsecamente conectadas, los valores de China, muy diferentes, se materializarán en la estrecha conexión entre la geopolítica y la urbanización. Desde 2013, China se ha involucrado en un amplio proyecto de construcción de infraestructura y desarrollo urbano en Afro-Eurasia, tanto dentro de sus fronteras como más allá. La Iniciativa de la Franja y la Ruta (*Belt and Road Initiative*, o BRI), como se llama esta política polifacética, no es más que un intento de ejemplificar una forma de globalización liderada por China. La BRI ha atraído hasta ahora a unos 70 países a su órbita de influencia, lo que representa dos terceras partes de la población mundial. Además, tiene un precio previsto de 1,5 billones de dólares estadounidenses e incorpora seis corredores económicos tanto terrestres como marítimos (Maçães, 2018). Las ciudades de la BRI todavía no tienen una configuración específica, pero los primeros indicios apuntan a que serán moldeadas por varias tendencias generadas por los modelos chinos de desarrollo: enfatizarán la configuración espacial del corredor económico transnacional y las tecnologías de vigilancia inteligente aplicadas a las ciudades, como ya se ha podido observar en Shenzhen, Hangzhou y Shanghái, en China, y fuera del país en los modelos de la Bonifacio Global City, en Manila, y la «ciudad inteligente» de Astaná (Curtis y Mayer, 2020).

Es probable que estas ciudades y corredores urbanos acaben proyectando unas preferencias y unos principios políticos y económicos muy diferentes del orden comercial abierto y liberal en el que han prosperado

El futuro
postpandémico de las
ciudades se enfrenta
a dos bifurcaciones en
su camino. La primera
es la elección entre
un internacionalismo
cosmopolita e
interconectado y un
sistema internacional
que conlleve un control
estatal renovado. La
segunda requiere elegir
entre una forma de
ciudad capitalista cada
vez más desgarrada por
la crisis.

las ciudades globales. Efectivamente, los esfuerzos laboriosos que se están realizando actualmente en Hong Kong son representativos de las líneas divisorias entre dos posibles órdenes mundiales que se rozan constantemente: uno, la ciudad abierta, conectada y comercial de las últimas décadas; el otro, el nuevo sistema de la Franja y la Ruta del mañana.

El éxito relativo de China a la hora de contener la COVID-19, especialmente a través de la aplicación de tecnologías de vigilancia inteligentes, mientras que las sociedades occidentales, más abiertas, están teniendo dificultades para conseguirlo, puede significar que su modelo urbano es atractivo para países en desarrollo que buscan una alternativa al modelo liberal. También es importante remarcar que las ciudades chinas participan activamente en muchas redes transnacionales de municipios (Mierzejewski, 2020). Se mantiene abierta la posibilidad de que China, con la evolución de las formas de urbanismo moduladas por este país, utilice estos conductos para difundir sus propias experiencias, modelos de desarrollo urbano y formas tecnológicas, precisamente, a través de las redes. Puede ser que el destino de las ciudades globales y de las redes que han comenzado a fundar acabe siendo bastante diferente a la imagen que tenemos hoy de ellas.

IV. Futuros pospandémicos

El futuro interconectado del sistema internacional y de las ciudades se halla en una encrucijada. Ello ya sucedía incluso antes de la COVID-19, pero la pandemia ha abierto una ventana sobre estas dinámicas, incluso influyendo en ellas de diferentes modos.

¿Qué posibles futuros surgen en esta coyuntura? Son múltiples y complejos, pero de modo simplificado podemos ver cómo emergen dos vías diferentes junto a dos líneas divisorias políticas opuestas.

La primera vía es una elección entre, por un lado, un mayor control estatal sobre las ciudades y, por el otro, la continuidad de la autonomía y la independencia de las ciudades y sus redes transnacionales. Como hemos visto, algunos estados tienen dificultades para aceptar el modelo de descentralización que las mismas ciudades han conseguido forjar en los asuntos mundiales, como también su creciente peso económico y político, y posiblemente intenten frenar esta tendencia. No obstante, al mismo tiempo, las ciudades globales han comenzado a ofrecer una nueva capacidad para gobernar los retos globales: algo que el mundo necesita dados los fracasos de los estados en ámbitos como la emergencia climática. Y, a la vez, muchas ciudades globales también tienen un nivel de legitimidad democrática que desafía las prerrogativas soberanas de los estados: muchos ciudadanos urbanos están empezando a invertir su identidad y su lealtad en la ciudad y su liderazgo. Estas ciudades no solo tienen unas poblaciones vastas, diversas y con un encaje difícil en el marco del estado-nación: también ofrecen un alcance multiescalar único, de lo local a lo global, que la política nacional, moribunda, ya no puede ofrecer. Ello se ha hecho muy visible durante la pandemia actual, en la que las respuestas estadísticas de arriba abajo que marginalizan la experticia y el conocimiento locales, como sucede en el Reino Unido, han ofrecido unos resultados pobres. Quizás una solución útil a medio camino podría ser la generación de alianzas renovadas entre estados y

ciudades en las que los primeros reconozcan como un recurso las capacidades y los medios de las segundas y de sus redes globales, y colaboren con ellas a fin de empoderarlas para conseguir los objetivos globales.

La segunda vía surge de las reivindicaciones, cada vez más estridentes, por una mayor justicia social, equidad y conciencia ecológica representadas en el «derecho a la ciudad» y que se oponen a la defensa y la intensificación de la forma neoliberal e hiperfinanciarizada de la ciudad global, con sus enormes disparidades en términos de riqueza y contrastes en las experiencias vitales de las personas. Incluso antes de la pandemia este contraste ya tenía una presencia cada vez mayor en la agenda política, agravado por más de una década de políticas de austeridad implementadas por una forma cada vez más autoritaria de capitalismo neoliberal, y por tendencias como las tecnologías de vigilancia y la segregación de las élites urbanas en urbanizaciones cerradas y espacios fortificados. La pandemia simplemente ha hecho más visible esta realidad: los que tienen riqueza y recursos privados se han replegado en los despachos, bien conectados, que han organizado en sus domicilios, mientras que los que no los tienen han sido abandonados a su suerte.

El futuro pospandémico de las ciudades se enfrenta a dos bifurcaciones en su camino. La primera es la elección entre un internacionalismo cosmopolita e interconectado y un sistema internacional que conlleve un control estatal renovado. La segunda requiere elegir entre una forma de ciudad capitalista cada vez más desgarrada por la crisis y los esfuerzos por construir configuraciones urbanas alternativas con un mayor equilibrio, justicia social y equidad. La pandemia no transformará las ciudades por sí misma, pero sí ofrece una oportunidad política que grupos con diferentes visiones acerca de las ciudades del futuro ya están intentando aprovechar.

Referencias bibliográficas

Acuto, M. «Cities are gaining ground in global politics – can the UN keep up?» *The Conversation*, 14 de septiembre de 2017 (en línea). [Fecha de consulta: 19.11.2020]: <https://theconversation.com/cities-are-gaining-power-in-global-politics-can-the-un-keep-up-83668>.

Acuto, M. *Give cities a seat at the top table*. *Nature*, vol. 537, no. 7622, pp. 611-13, 2016.

Fernández de Losada, A., «Towards a cooperative ecosystem of city networks», en: Fernández de Losada, A. y Abdullah, H. *Rethinking the ecosystem of international city networks*, Barcelona: CIDOB, 2019 (en línea). [Fecha de consulta: 20.11.2020]: https://www.cidob.org/en/articulos/monografias/repensando_el_modelo_actual_de_redes_de_ciudades/towards_a_cooperative_ecosystem_of_city_networks.

Blank, Y. «The City and the World». *Columbia Journal of Transnational Law*, vol. 44, no. 3, 2006.

Curtis, S. *Global Cities and Global Order*. Oxford: Oxford University Press, 2016.

Curtis, S. «Global Cities as Market Civilisation», *Global Society*, vol. 33, no. 4, 2019a, pp. 437-461.

Curtis, S. *Strength in numbers: 94 world cities have joined forces to cut emissions in half by 2030*. Foro Económico Mundial. 16 de octubre de 2019, 2019b (en línea). [Fecha de consulta: 19.11.2020]: <https://www.weforum.org/agenda/2019/10/mayor-94-cities-green-new-deal-global>.

Curtis, S. y Mayer, M. *Belt and Road cities begin to find their form*. CIDOB Opinion 630, 2020 (en línea). [Fecha de consulta: 20.11.2020]: https://www.cidob.org/en/publications/publication_series/opinion/2020/belt_and_road_cities_begin_to_find_their_form.

Davis, M. *Planet of Slums*. Londres; Nueva York: Verso, 2006.

Graham, S. *Vertical: The City from Satellites to Bunkers*. Nueva York: Verso, 2016.

Harvey, D. *Rebel cities: from the right to the city to the urban revolution*. Nueva York: Verso, 2012.

Ikenberry, J. *Liberal Leviathan: The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*. Princeton: Princeton University Press, 2011.

Mações, B. *Belt and Road: A Chinese World Order*. Londres: Hurst & Company, 2018.

Mierzejewski, D. «The Role of Guangdong and Guangzhou's Subnational Diplomacy in China's Belt and Road Initiative». *China: An International Journal*, vol. 18, no. 2, 2020, pp. 99-119.

Safi, M. «Coronavirus will reshape our cities: just don't know how yet», *The Guardian*. 22 de mayo de 2020.

Sassen, S. *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press, 1991.